

Ceremonia en la Cancillería

José Ayala Lasso

Martes, 27 de septiembre de 2022

* Ex Canciller, Primer Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Académico.

Agradecer a:

Presidente Guillermo Lasso
Juan Carlos Holguín, Canciller
Academia Diplomática y Alejandro
Suárez
UIDE y Marcelo Fernández,
Canciller UIDE
UIDE y Gustavo Vega, Rector UIDE
Universidad Andina y Rector César
Montaño
AFESE y Gonzalo Salvador,
Presidente

Todos los que han escrito artículos en el folleto titulado «El canciller de la paz»:

Embajador Alejandro Suárez,
Ex Presidenta de la República Doña
Rosalía Arteaga Serrano,
Ex Presidente de la República Doctor
Osvaldo Hurtado Larrea
Ex Presidente de la República Doctor
Jamil Mahuad
Ex Presidenta de Chile, Doña
Michelle Bachelet,
Ex Cancilleres Francisco Carrión

Mena, Luis Gallegos Chiriboga,
Mauricio Montalvo, José Valencia
César Montaño Galarza rector de la
Universidad Andina
Gustavo Vega Delgado, rector de la
Universidad Internacional
Marcelo Fernandez Sánchez,
Canciller de la Universidad
Internacional,
Embajador Gonzalo Salvador
Holguín presidente de AFESE
Doctor Enrique Ayala Mora, ex
rector de la Universidad Andina

¡Cómo no agradecer al embajador Alejandro Suárez, director de la Academia Diplomática que, renacida ahora de las cenizas, se empeña escrupulosamente en cumplir su obligación fundamental, que es la de impartir conocimientos, experiencia y orientación a la diplomacia profesional para que, con eficiencia y dinamismo, defienda los derechos e intereses del pueblo ecuatoriano, siempre y en toda circunstancia! Alejandro cumple este objetivo de manera ejemplar y se ven

ya los brotes frescos y vigorosos de los nuevos aspirantes a diplomáticos, que contribuirán a regir sabiamente los destinos de la patria en este campo.

Quiero también agradecer a todos cuantos me han honrado esta noche con su presencia en la Cancillería ecuatoriana.

Me permitirán ustedes, queridos amigos que, conmovido como estoy, haga una sola y única referencia a mi familia, es decir, a mi mujer Monique, mis hijos Vèronique, Carlos, Gabriela e Isabel, sus cónyuges y a mis numerosos nietos, cuyas palabras al final del folleto «El canciller de la paz» me llenaron de emoción y ternura. A ellos he querido transmitir los principios con los que fui formado y que se resumen en el reconocimiento de que el ser humano es parte de una sociedad a la que debe dar su aporte generoso y desinteresado para que, en su permanente evolución y cambio, se oriente hacia el fortalecimiento de la libertad, la justicia y la fraternidad. Cumplidos así sus deberes para con la sociedad, pueden los seres humanos aspirar legítimamente a la trascendencia.

Debo confesar que, al escuchar las palabras pronunciadas esta noche y al leer las que se encuentran escritas en el folleto que se nos ha distribuido, me ha entrado un deseo incontenible de conocer al personaje allí descrito. Me ha parecido, además, que esta noche bien puede ser usada como un buen argumento para fundamentar la tesis de la física moderna, que afirma la existencia de mundos paralelos, es decir, que lo que parece no existir, existe, y lo que vemos como una realidad, apenas es una ficción.

Debo confesar que, al escuchar las palabras pronunciadas esta noche y al leer las que se encuentran escritas en el folleto que se nos ha distribuido, me ha entrado un deseo incontenible de conocer al personaje allí descrito.

Pero, como hemos sido convocados en una expresión de bondadosa amistad, debo concluir que lo que sí ha saltado a la vista de todos –y ha impactado al oído de todos– es la generosidad de quienes han hablado y escrito sobre mi modesta persona, virtud cada vez más rara en este mundo de mezquindades, competencias y egoísmos, mundo materialista en el que quien más tiene, más poder reclama, y quien menos méritos posee, niega los ajenos para que no se vean menguados los suyos.

Expreso, por lo tanto, mi gratitud para con tan bondadosos amigos que, al describirme, han sublimado su afecto y han usado un cristal que les ha inducido a describir a un José Ayala Lasso que yo bien quisiera que existiera y fuera real.

Pero, grande como es la bondad con la que han expresado su aprecio hacia mi persona, de mayor importancia es la adhesión que han demostrado a aquellos valores permanentes, sin los cuales no se pueden construir sociedades libres, justas y fraternas; valores olvidados durante los años de amoralidad gubernamental que comenzaron en 2007 y que contagiaron a la sociedad ecuatoriana –en forma más letal que el corona virus– conminándole psicológicamente a seguir el ejemplo corrupto impartido desde las alturas del poder.

De ciudadanos serios y comprometidos con el futuro de la Patria es, entonces, ver, comprender y apoyar cuanto hace el actual gobierno, en un panorama político hostil, dividido y no ajeno a la corrupción, con escasos recursos económicos y humanos para enderezar los entuertos, robustecer los principios de la moral con el ejemplo y castigar las violaciones de la ley.

En tal sentido, ¡qué simbolismo importante tiene la presencia del señor presidente Guillermo Lasso en este Salón de los Próceres! Todos sabemos o intuimos la gravedad, importancia, urgencia y multiplicidad de problemas que debe afrontar y resolver un Jefe de Estado. En tales circunstancias, ser honrado con su presencia tiene una significación que trasciende, ciertamente, la relación familiar que nos une. El Presidente quiere estar junto a un modesto ciudadano que se empeñó, toda su vida, en cumplir sus obligaciones con inquebrantable adhesión a la ética y a la ley, especialmente cuando le correspondió la grave responsabilidad de dirigir las relaciones exteriores del país y firmar la paz con el Perú.

Aquí se encuentra el ciudadano elegido por el pueblo ecuatoriano, al que todos hemos confiado el derecho y el deber de señalar las metas de bienestar y progreso para el país y de escoger los mejores caminos para alcanzarlas. Democráticamente, todo el pueblo ecuatoriano está obligado a facilitarle el cumplimiento de esa tarea, criticándole con claridad y oportunidad cuantas veces sean necesarias, pero defendiendo las instituciones de la República cuando fuerzas ocultas movidas por intereses subalternos, pretendan ejercer una representatividad nacional de la que carecen, y quieran crear el caos y fructificar en ríos revueltos. Bien

ha hecho el Jefe de Estado en propiciar el diálogo como herramienta para llegar a consensos con distintos grupos sociales. Pero algunos de esos grupos parecen haber olvidado que dialogar no significa imponer criterios amenazando, inclusive, con la repetición de nuevos episodios de violencia e ilegalidad, que atentan contra la unidad nacional y alimentan sentimientos de repudiable regionalismo y división.

Fuerzas internacionales carentes de toda moral, empeñadas en acumular dinero para acumular poder y llegar así a destruir la democracia y crear un nuevo orden de delincuencia organizada, están apoderándose del Ecuador. Sus recursos son incomparablemente mayores a los que poseen el Ecuador y otros países inmersos en este problema.

Tenemos que fortalecer nuestras instituciones y purificarlas, porque esa es la única manera de afrontar eficazmente estos criminales ataques, pero no hay que denigrarlas atribuyéndoles responsabilidades mientras, al mismo tiempo, no se les provee de cuanto necesitan para cumplir con sus deberes.

Para que la ciudadanía pueda construir una sociedad progresista, en la que impere la justicia, se necesitan leyes claras, fundadas en la ética social, que reconozcan los derechos y sus limitaciones, que premien el mérito y castiguen el crimen. Pero,

Ya lo dijo Bolívar: «No son las leyes ni los códigos los que aseguran el progreso de los pueblos, sino la existencia de hombres virtuosos, ilustrados y patriotas».

más que eso, se necesita que cada uno de los ciudadanos proceda siempre con honestidad, en lo público y lo privado. Ya lo dijo Bolívar: «No son las leyes ni los códigos los que aseguran el progreso de los pueblos, sino la existencia de hombres virtuosos, ilustrados y patriotas».

Hemos visto cuán poco valen las leyes cuando gentes desprovistas de moral las interpretan a su manera, las usan para legitimar sus ambiciones y las dejan de lado, con argucias procesales leguleyescas para retardar, impedir o modificar el pronunciamiento sustantivo de la justicia. Y hemos visto también, desgraciadamente, que la corrupción ha contaminado al país y a sus instituciones, que el Templo está lleno de mercaderes que deben ser expulsados sin conmiseración con el látigo de la Justicia, como el mismo Jesús lo hiciera.

Para progresar ordenadamente, nuestro país necesita desempolvar los manuales de ética, cívica e historia, olvidados en bodegas –salas de velación de principios y valores–.

La decadencia de los imperios ha comenzado cuando el poder de las instituciones ha disminuido y ha aumentado el poder de los hombres que las dirigen. La democracia, en todo el mundo, corre ahora ese peligro.

Quiero destacar una idea fundamental. Este generoso homenaje no va realmente dirigido a mi persona. Para el éxito de una gestión diplomática es indispensable trabajar en equipo; es indispensable olvidarnos de nosotros mismos y pensar en quienes van movidos por la misma causa y el mismo ideal, y reconocer el mérito de aquellos que finalmente no figuran firmando acuerdos ni tomándose fotos para la historia. Es

por esta razón que el libro en el que relaté las vicisitudes de la negociación diplomática con el Perú fue dedicado al servicio exterior profesional ecuatoriano. Sus integrantes, en aquella época, éticamente formados, académicamente preparados, inteligentemente entrenados, místicamente patriotas, llevaron la diplomacia a las calles y plazas y leyeron acertadamente la opinión nacional que, alejándose de sueños tan ingenuos como irreales, abrió los ojos a la historia y, con dignidad y realismo, inspiró y dio su aval a una negociación que culminó con la suscripción de los acuerdos de paz.

La historia tendrá que reconocer –en su justa e importante medida–, cuando se seren los juicios y calme la pasión política, los aportes notables que entregaron al país los presidentes Osvaldo Hurtado, Rodrigo Borja, Sixto Durán Ballén, Fabián Alarcón y Jamil Mahuad, especialmente este último, quien, mediante la diplomacia presidencial directa, desbrozó el camino que, tres meses después de iniciado su gobierno, nos condujo a la suscripción de la paz el 26 de octubre de 1998. Ya es hora de que se haga justicia al presidente Jamil Mahuad y que, rectificando errores y dejando de lado odios políticos, venganzas y demagogia, se le reciba en el país con la gratitud y los honores que merece.

Por otro lado, no puedo dejar de mencionar la excelencia y los valores de quienes tuve el acierto de seleccionar como mis asesores directos: los embajadores Luis Ponce Enríquez, Teodoro Bustamante Muñoz, Manuel de Guzmán y Polanco, Gustavo Ruales Viel, Magdalena Fégan, Alfredo Luna Tobar, Diego Ribadeneira, Francisco Carrión Mena, Jaime Marchán. Iguales características de patriotismo y excelencia

tuvieron los miembros de la comisión negociadora, presidida por el notable jurista Edgar Terán Terán, entre los que figuraron Galo García Feraud, Gustavo Noboa Bejarano, Gral. Marcos Gándara Enríquez, Dr. Vladimiro Álvarez Grau, Dr. Hernán Pérez Loose, y el Sr. Mario Rivadeneira. Y siempre nos acompañó el ejemplar Gral. Paco Moncayo, héroe del Cenepa.

El país tiene una deuda de gratitud con todos ellos, así como con el servicio diplomático de carrera y con quienes lo integran – desde choferes y porteros hasta ministros y embajadores –, cuya patriótica contribución consiguió que la cancillería funcionara como un mecanismo suizo de relojería.

Quiero dirigirme ahora a los jóvenes estudiantes de la Academia Diplomática y a los jóvenes que ya han ingresado, como se debe, a las iniciales categorías del escalafón diplomático. Viejo de más de noventa años, solamente quiero pedirles que reflexionen sobre unos inmortales versos del gran Victor Hugo:

«Et l'ont voit de la flamme aux yeux des jeunes gents.
Mais, dans l'oeil du viellard on voit de la lumière».

La llama de la pasión por la patria debe brillar siempre en los ojos de la juventud. Así podrá descubrir que en los ojos de la vejez brilla la luz.

Alonso Quijano el bueno, nuestro señor Don Quijote, decía:

«De gente bien nacida es agradecer los beneficios que recibe».
Y Santo Tomás, el de la Summa Teológica:

«La Gratitud se compone de tres grados: reconocimiento, agradecimiento y retribución».

Antes que ellos, Cicerón dijo: «La gratitud no es solo la mayor de las virtudes, sino la madre de todas las demás».

La armonía de palabras y afectos que ha resonado esta noche en el Salón de los Próceres me ha llenado de optimismo, como lo hacen las notas melódicas de una cantata de Bach.

Al expresar la gratitud, emerge la alegría, esa maravillosa sensación de que has cumplido con un deber y aligerado tu corazón.

La gratitud es la memoria del corazón.

Yo guardaré en esa memoria, la del corazón –ya que la otra me está fallando ya– de manera inolvidable, alegremente, todos y cada uno de los minutos transcurridos y cada una de las palabras pronunciadas esta noche en que se han dado la mano la solemnidad del poder del Estado y la sencillez del poder ciudadano, para celebrar el cumplimiento del deber y la paz.

José Ayala Lasso